

HOMENAJE AL ACADÉMICO ALMIRANTE ISAAC FRANCISCO ROJAS

**Con motivo de cumplir ochenta años de edad,
realizado en el Luna Park
el 2 de diciembre de 1986**

*Discurso del Académico Presidente
Dr. Alberto Benegas Lynch*

El justiciero homenaje que esta noche le tributamos al almirante Isaac Francisco Rojas, con motivo de cumplir sus ochenta años, tiene un especial significado en esta hora incierta que vive la República.

Porque, además de las relevantes condiciones personales del señor Almirante, que justifican plenamente el homenaje, éste tiene en las actuales circunstancias el carácter de un desagravio a la verdad histórica, la cual viene siendo ocultada, cuando no ofendida por el incesante martilleo que transmite lamentables mensajes, valiéndose de una gigantesca máquina de propaganda oficial, costeadada con los dineros del pueblo, cuyos recursos se aplican así para desfigurar la verdad, utilizando medios de comunicación monopolizados en su casi totalidad por el Estado.

El juicio de la historia será implacable con los que así proceden; será implacable con los que usan fondos públicos, constitucionalmente destinados a salvaguardar la vida, la propiedad y la libertad de los ciudadanos, para destinarlos en cambio a la tergiversación de la historia, que envenena las mentes de los incautos, ante cuyos ojos se hace aparecer lo falso como si fuera verdadero, para desacreditar a quienes sirvieron dignamente a la República, y exaltar en cambio supuestas virtudes de quienes la destruyeron desde la función pública.

Podrá afirmarse, sin embargo, que existe libertad de expresión del pensamiento, por cuanto se puede decir aquí lo que ahora decimos, y porque todavía sobreviven algu-

nos periódicos independientes. Pero todos sabemos la inicua persecución de que es objeto el periodismo libre; y todos sabemos la desventaja a que se halla sometida la oposición, para desarrollar su legítima y necesaria acción cívica, frente al inmenso e ilegítimo poder que detenta un gobierno de origen democrático, pero que en su accionar, practica al antidemocrático sistema estatista que conduce al totalitarismo, cuyo Jefe es a la vez Jefe del Partido gobernante.

Todos los argentinos conscientes del valor supremo de la libertad de expresión, recordamos con gratitud el vibrante movimiento cívico-militar de 1955, cuyo gobierno devolvió a sus legítimos dueños "La Prensa" de Buenos Aires, confiscada por la segunda tiranía por defender la libertad, en una de las horas más aciagas de la historia de la República. Así como también recordamos los argentinos libres con gratitud, que las Academias Nacionales avasalladas por el totalitarismo instaurado en 1946, pudieron reconstruir sus vidas y desarrollar desde 1955 su labor intelectual y científica, gracias al gobierno de la Revolución Libertadora, cuya Vicepresidencia ejerció con honor y dignidad nuestro homenajeadado de hoy. Y todos sabemos que el almirante Rojas fue uno de los principales artífices del triunfo de aquella gesta histórica que, por los móviles que la inspiraron, es solo comparable a los patrióticos pronunciamientos de Mayo y de Caseros.

El increíble retorno del gran responsable, que hizo gala de sus vicios y se ufanó sin empacho de los cuantiosos bienes materiales mal habidos —que ahora se disputan sus herederos— tuvo lugar a pesar de todo, merced a la traición de unos y a la complacencia de otros.

Por todo ello, en los tiempos que vivimos, de confusión y desconcierto, entre los muchos problemas motivo de justificada y honda preocupación, el rescate de la verdad histórica es fundamental, porque de otro modo, sin la correcta relación de causa a efecto, será imposible salir de la tremenda crisis moral, política, institucional, económica y financiera que azota a la República. Crisis ésta, desencadenada por la violación del espíritu y la letra de nuestra Constitución fundadora y que hoy, por una especie de ironía del destino, se proyecta reformarla, en lugar de cumplirla cabalmente, como lo haría un estadista verdadero.

Cuando llegue la hora del fallo de la historia, quedará claro que lo acontecido después del gobierno de la Revolu-

ción Libertadora, fue obra de quienes eligieron el camino trillado y fácil del éxito fugaz, que se logra mediante el distribucionismo de lo ajeno; camino éste que, finalmente, a quienes más empobrece es a los más necesitados. Esa lacerante demagogia fue practicada en gran escala durante el totalitarismo vigente entre 1946 y 1955 y, lamentablemente, luego imitada por muchos de los que vinieron después, y contribuyeron incluso a cubrir con un manto de olvido las inmoralidades de aquella época dominada por la infamia.

La vida ejemplar del almirante Rojas lo ubica entre las principales reservas morales de la República. Es el testimonio vivo de la redención de la Patria sojuzgada en mala hora por el fascismo criollo, en buena hora liberada por la Revolución auténticamente popular, que puso en fuga al gran corruptor, quien habría de retornar, sin embargo, después de haber aplaudido, desde su lujoso refugio madrileño, al compás de otras múltiples inmoralidades, el vil asesinato del Teniente General Pedro Eugenio Aramburu; que entró así a la historia, para integrar la lista de los mártires de la libertad y la democracia.

Forma parte de la verdad histórica que hay que rescatar, la acción de un grupo de oficiales que en 1943 había copado circunstancialmente al Ejército Argentino y cuyos sentimientos pro-nazis los indujeron a provocar el tristemente célebre cuartelazo, que trajo escondido bajo su ala, al Coronel que habría de trastocar por completo el orden social de la Constitución, cuyo respeto en tiempos mejores, había hecho la grandeza de la República de antaño, hoy perdida por causa de los desvaríos demagógicos. Pero el espíritu de la demagogia está siempre latente en las mentes débiles con moral floja. Fue así como muchos que fueron ocasionales opositores, en tiempos pretéritos, al régimen fascista instaurado por el peronismo —idéntico en sus esencias al régimen comunista— son ahora víctimas de ese espíritu letal, que convirtió a los opositores de ayer, en los imitadores de hoy, desde el gobierno y desde el llano, del ruinoso estatismo corporativo de raíz fascista, que Perón inauguró para desgracia de nuestra Patria, otrora libre y próspera.

De ahí la decadencia argentina, acelerada por la prostitución de la moneda, promovida ésta por la omnipotencia del estado, que ahoga las energías creadoras, enervando

a la iniciativa privada y violando los derechos individuales consagrados en la Constitución, omnipotencia del estado, cuyo delirio intervencionista entorpece el trabajo libre, el ahorro, las inversiones y la producción; y por consecuencia, con su costo insoportable, determina el generalizado empobrecimiento y desasosiego popular. De ahí el ridículo a que se ha llegado ahora por causa de una errada política que pretende arreglar el mundo mientras el país se derrumba, como consecuencia, precisamente, de los propios desvaríos de un gobierno inepto. Está llegando la hora en que la palabra de Cicerón cobra actualidad: "Quosque tandem Catilina abutere patientia nostra" (hasta cuándo Catilina abusarás de nuestra paciencia). Está llegando la hora de despertar a los adormecidos, y de unir a los dispersos, esclareciendo a los confundidos.

En la persona del almirante Rojas, esta noche honramos también a los caídos y mutilados en la lucha por la Patria libre que nos legaron nuestros mayores, constantemente amenazada por la "patria socialista" ¡que nos quieren imponer los servidores del imperio rojo! Nada perdurable se construye sobre el odio. Y la concordia seguirá ausente, mientras se siga fomentando desde arriba la discordia, con el mantenimiento del actual sistema disociador.

Lamentablemente, la fórmula de dividir para reinar, enfrentando unos sectores sociales contra otros, tiene vigencia aún, y sirve para desprestigiar a las Fuerzas Armadas Argentinas, mediante un juicio, a todas luces antijurídico. Juicio emprendido contra los victoriosos que aplastaron al terrorismo subversivo del marxismo-leninismo, obedeciendo una orden de la señora de Perón de aniquilar al enemigo, en una guerra revolucionaria, horrorosa, como todas las guerras, desatada por la izquierda recalitrante con el apoyo del Kremlin, cuyos tentáculos aprisionan ya a más de media humanidad, y hoy amenaza nuevamente nuestras playas, merced a una política exterior suicida, que nos empuja hacia la completa dependencia del imperialismo soviético que puede resultar sin retorno, si no se abandona pronto la funesta política de la decadencia. El alegato del comisario Etchecolatz, que el diario "La Prensa" publicó íntegro en sus ediciones del 12, 13 y 14 de noviembre último, resulta esclarecedor, para los jóvenes que no vivieron esos tiempos y para quienes se interesan por la verdad histórica, y no han olvidado el clima de terror que imperó en-

tonces en nuestra tierra, mediante crímenes alevosos y cobardes. Debemos confiar en que, en última instancia, la Corte Suprema de Justicia de la Nación hará justicia.

La historia la hacen los hombres. El futuro de la Argentina depende de lo que seamos capaces de hacer también nosotros, los que estamos aquí, junto con muchos otros que no se encuentran en este acto; depende de lo que todos juntos hagamos: sin ira y sin odio, sin rencores, pero sin claudicaciones, con grandeza de alma, espíritu caritativo y devoción patriótica. La presencia de ustedes en este homenaje, en esta noche memorable, y la adhesión al mismo de los numerosos ciudadanos que no han podido concurrir, indica que aún vive en la Argentina el espíritu de libertad, que habrá de vibrar otra vez con fervor para bien de la República, tan pronto como ella sea redimida nuevamente, para lo cual, bastaría recuperar la plena vigencia de nuestra Constitución histórica.

Hay quienes declaman la ética y quienes la practican. El almirante Rojas es de los que la practican celosamente en todos los actos de su vida. La trayectoria de su límpida conducta pública y privada, acredita una observancia sin mácula de los principios morales, que en todo momento supo anteponer a cualquier otra consideración. Por eso al almirante Rojas exhibe con legítimo orgullo una vida ejemplar.

En la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, a la que pertenece el almirante Rojas, su palabra, siempre mesurada, pero firme en apoyo de las causas nobles, es escuchada con respeto y alta consideración. Su carrera en la Marina de guerra está jalonada con éxitos en todos los destinos que fue ocupando, hasta alcanzar el más alto grado de Almirante. Al asumir el mando de la Marina alzada en armas en 1955 para derribar a la ignominia, se hizo acreedor al honroso título de Almirante de la Libertad, que hoy ostenta con honor, fortalecido por su integridad moral y su austeridad republicana.

Elevemos nuestras plegarias al Altísimo, fuente de toda razón y justicia, rogándole conceda al almirante Rojas muchos años más de vida, con mucha salud, en compañía de su digna esposa y de sus hijos y nietos queridos.